

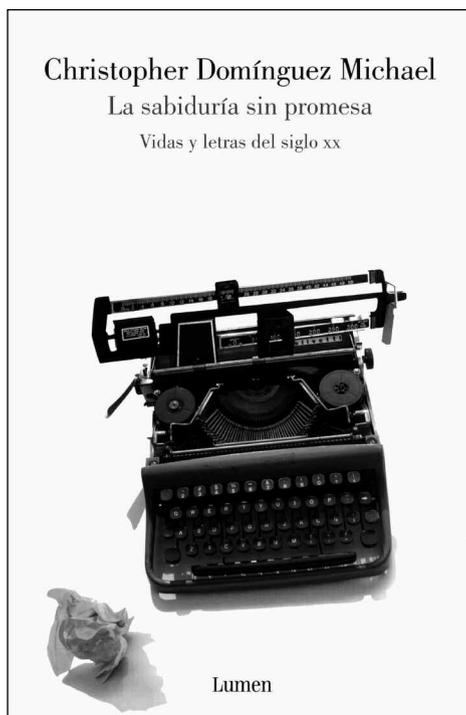
Devocionario de la literatura moderna

César Arístides

Desde hace más de dos décadas Christopher Domínguez Michael ha sorprendido—incluso irritado, confundido y cautivado— a sus lectores con sus páginas inteligentes, provocadoras; historiador de las ideas, implacable fabulador de biografías y ensayista; los libros *La utopía de la hospitalidad*, *Servidumbre y grandeza de la vida literaria*, *Tiros en el concierto* y éste que nos ocupa, entre otros, son prueba de su audacia analítica, impresionante cúmulo de lecturas y valentía para disparar y exponerse a los balazos. Exhumador de pensamientos incomprendidos o abandonados, peregrino que acude a la Babel de la historia y la literatura para destrabar las puertas, gracias a su oficio crítico pudimos entrar en la habitación del inolvidable Oblómov para conocer un rostro deslumbrante del tedio, indagar en la rancia alucinación de madame Rachilde, o contemplar encandilados el legado de Chateaubriand.

La sabiduría sin promesa, edición crecida y revisada, es un desfile de fantasmas y manes tutelares, de demonios fatigados y abades siniestros; sin pretensiones de un canon, como el autor de la novela *William Pescador* afirma, el crítico propone un desfile de sus autores dilectos de la infancia y la primera adolescencia, de las obras que atezaron su avidez; libros cómplices que el crítico pone en el paredón para descargar su tinta.

En estos ensayos, Domínguez Michael expone su rigor crítico y su ensueño anecdótico; sus semblanzas noveladas, no es exagerado afirmar, están tan cerca de la erudición como del perfil literario que escapa del retrato y del olvido. En sus vidas imaginarias se hace una meditada defensa de cristianos —que aprobaría Tertuliano—, apátridas, desterrados y enfermos, o se cues-



tiona con el escalpelo gozoso de tinta a escritores sin talento, *colabos* hundidos por la lectura ciega o a filósofos extraviados en el bombardeo de la gran guerra —personajes que arrancarían un gruñido a la sonrisa muerta de Thomas Bernhard.

Independientemente de la invitación a un laberinto habitado por idealistas, panfletarios, artistas, hechizadas, perversos, fracasados o ángeles bohemios, debemos repetir que en cada apunte histórico-biográfico o geografía de pasiones, Christopher Domínguez Michael nos acorralla con una alegoría histórica, una semblanza mítica de pensadores célebres y relegados, el comentario de numerosas obras cuyo nacimiento, en la mayoría de los casos, tuvo un parto cobijado por la tragedia, los pormenores de la guerra, el exilio o la acusación ideológica. Así, impiedad e ironía se mezclan con ternura y dolor para hablar de las

convulsiones literarias e históricas del siglo xx.

Luego de casi seiscientas páginas de pompa y circunstancia ensayística, no queda más que sorprendernos con las alabanzas de Vicente Huidobro a su criatura siniestra, su Cagliostro intempestivo en el siglo de los huesos quebrados por la sed de futuro; ofrecer una lágrima sincera al retrato de Carson McCullers; despertar la inocencia y la realidad aldeana, la fuga y la atrocidad religiosa derivadas de la evocación de Isaac Bashevis Singer; avivar la curiosidad por tener cerca a V.S. Pritchett para que nos revele el infierno doméstico y muchas veces gozoso de Chejov; volver con ojos más limpios a aquel “neurótico redimido por el arte”: Hermann Hesse, o acariciar la mirada triste de ese políglota conmovedor, “orgulloso de su vocación sin talento, esa maldición tristísima por lo que tiene de llevadera... profeta del fracaso” que fue Rafael Cansinos Asséns, y preguntarle dónde esa tierra baldía, poblada por los duendes rusos, dónde esa estepa multicolor que Goethe trazó para sus dolientes y corifeos. Porque Domínguez Michael es generoso al compartir sus lecturas y su baraja de místico cruel, al hacernos cómplices de sus afrentas y divagaciones, al dejarnos ver su estante de hallazgos, su álbum de peripecias líricas, querellas e indignaciones.

Quizá tenemos que reprochar al crítico el por qué no dijo más sobre Hermann Broch y sus especulaciones en torno a la creación, el destino, la esencia poética en el nido de pájaros muertos, la agonía sublime que reposa en lo ultraterreno; por qué no trazó más rutas para hallar artificio y osadía en el discurso narrativo de e.e. cummings, en esa novela solitaria tan es-

casamente conocida; reclamarle por qué no desmenuzó con mayor avidez la enfermedad y la aventura de Hans Castorp, la metáfora de creación y rumbo en esa convalencia hermética.

Justo es decir que agradecemos su fervor biobibliográfico, sus cualidades de mago que saca del sombrero palomas y quimeras, pero también holocaustos, delirios ante el exilio y el bombardeo militar, crisis existenciales derivadas del fallecimiento de los dioses y los fervores, paseos en diversas temperaturas sobre ciudades, retratos de reclusos que soñaron la libertad de los libelos y hombres de fe consumidos en la pudrición de los ideales: parábolas literarias, panfletos que adoró la guillotina de la represión política, indagaciones humanistas y sociológicas, desterradas, ahítas, heridas y locas en los fragores del siglo XX, siglo en el que Jacques Rivière sublima la luminosidad precoz o, en otro orden de luces, Lukács pasa conturbado la historia turbia del comunismo. O bien, fábulas histórico-libertinas tocadas por la nostalgia y la ironía que elevan las tribulaciones y paradojas de Raymond Aron y sepultan aún más a Vargas Vila; que revelan otra voz de la inconformidad en boca del “Frankenstein de la tradición humanista”, el británico Martin Amis o la pérdida del reino, el vacío y la mudez de Milan Kundera...

Sin duda, los retratos del crítico confirman su aplomo y conocimiento para la elaboración de rostros y sucesos; su pasión por dar un rumbo lúdico y profundamente vivo —aun en la penumbra y los anfiteatros, en los panteones y el olvido—, prueba de ello son los dibujos de hechos y personalidades que despliega en su libro. Así habla del polemista francés Julien Benda:

Admirable por haber visto la traición de los clérigos y por haberle sostenido la mirada al Leviatán totalitario, a Benda le tocó escenificar el drama completo, siendo él mismo la prueba y la parábola, el clérigo que traicionó.

El ensayo que dedica a Gide, y del que surge el título de este libro, es atroz, de ensañadora erudición, texto implacable y hermoso, de esta forma retrata al autor de esa novela de correcta y fría belleza, *Isabel*:

“Cristiano sin Iglesia, homosexual bien cauto junto al infortunado Oscar Wilde o a locas bohemias como Jean Richepin, Gide tenía adentro (Maurois lo dijo) todos los gérmenes del fracaso... Sin dar explicaciones, Gide se une voluntariamente, por primera vez en su vida, al sufrimiento de los hombres. Abnegado, trabaja en el Hogar Franco-Belga, asilo para heridos de guerra... La historia, que detestaba como disciplina intelectual y despreciaba como motivo artístico, empieza a generar meditaciones en el *Diario*... El 26 de octubre de 1915 anota: ‘Cuántas veces, estando en el Hogar, consolando y sosteniendo a esos míseros desechos humanos, capaces únicamente de gemir, inválidos, sin sonrisas, sin ideal, sin belleza, he advertido que me estaba formulando la espantosa pregunta: ¿Merecen que se les salve? La idea de remplazarlos por otros mejor dotados es indudablemente parte de una *filantropía* germana. Es lógico, y sin embargo, monstruoso’... En los peores momentos, cuando las bombas terminan de tronar los vidrios de su covacha,

Gide se concentra en *Una hija de Eva*, o en *La mujer abandonada*, mientras se pregunta sobre la diversa puntería de los bombardeos norteamericanos e ingleses, tratando de adivinar, por los daños, si se trata de unos u otros. A su manera, Gide fue más valiente que los jóvenes Sartre o Camus, o los viejos Valéry o Claudel, resguardados en la incombustible Ciudad Luz”.

Así habla de Samuel Beckett, de su temperamento candoroso guiado por la furia y la piedad:

Todo empieza en 1940, cuando Beckett, tan pronto supo que había comenzado la campaña de Francia, se regresó de unas vacaciones en Irlanda, prefiriendo la guerra en París a la paz en Dublín. Sin papeles, Beckett trató de sobrevivir como un extranjero neutral, pero un buen día, con una absoluta naturalidad, decidió unirse a la Resistencia, considerando intolerables los sufrimientos de sus amigos franceses, particularmente los judíos. Es por ellos, dijo, que di ese paso, no por nación alguna.



J. Galle, grabado de un taller de impresor, siglo XVI

Las páginas que dedica al hijo de Thomas Mann, Klaus Mann, son devastadoras, no por ello carentes de ternura y de luminoso dolor: “Soldado en labores de traducción, prensa y propaganda, Klaus hizo la campaña de Italia y llegó a Munich en 1945 a pasearse por las ruinas de la vieja mansión de los Mann. Entendió —y eso lo acercó al suicidio— que regresaba a su patria como vencedor, antes que como liberador. La fantasía de un pueblo alemán sojuzgado por los nazis se esfumó. Sus compatriotas habían sido los verdugos voluntarios de Hitler... En Alemania entrevistó a tres hombres representativos: el mariscal Göring, Richard Strauss y a un prisionero de guerra alemán. Antes que Hanna Arendt, Klaus vio en Göring la banalidad del Mal: preso, condenado a una muerte segura, el mariscal conserva la imperturbabilidad de un gran señor caído en desgracia. Strauss, rodeado de millones de muertos, sólo le habló de ópera. Y al prisionero, un teatrero muniqués que había combatido por Alemania odiando el nazismo, le pidió —en la carta que cierra *Le tournant*— que no desfalleciese, pues advendría la civilización mundial de la paz... Cuatro años después Klaus Mann se suicidó... Al padre no puede culpársele de la muerte del hijo. Acaso le desagradaría escuchar que Klaus, su creación más defectuosa, encarnó todas las pesadillas que su genio sublimó con la novela... Y Thomas sabía más que Mefistófeles de la tradición romántica. Así, esperó pacientemente que Klaus, más un lastre que una amenaza, se hundiera por su propio peso, víctima de la peor de las abominaciones que Thomas Mann podía encontrar en un artista: la vocación sin talento”.

Cierra el libro con una reflexión taciturna, de día lluvioso y dulzura triste, dedicada al poeta de tantas páginas tan terribles

como sensuales, preclaras o pedregosas sin dejar de ser monumentales, dueñas de lumbré, vestigio y cielo:

Quien haya hablado con él recordará sus cambios de opinión, su manía dialéctica o trinitaria, esas vacilaciones al aire libre que fascinaban a quienes le fueron próximos. La de Octavio Paz fue una personalidad imponente. Sus defectos de carácter, tan humanos, fueron proporcionales a las dimensiones de su genio. Por ello, a Octavio no se le perdonaban pecados como la envidia o la soberbia, ante los cuales somos tan indulgentes cuando se trata de nosotros mismos... Quienes conocimos al poeta consagrado por la literatura mundial, a veces olvidábamos que su victoria era hija legítima de la soledad que sufrió el denunciante latinoamericano del Gulag en 1951, rodeado de la mezquindad de tantos poetastros nacionalistas que lo acusaban de no ser mexicano, ni europeo, ni universal, sin olvidar las amenazas de los sicarios del régimen que denunció en 1968, y en fin, víctima de aquella izquierda radical que lo quemó en efígie frente a la embajada norteamericana en 1984... Había en Paz, cosa curiosa, una combinación insólita entre la virulencia del héroe y la fragilidad del poeta. A ratos se le olvidaba que era Premio Nobel y lo poseía la amargura del rechazo. Lo peor que podemos hacer con su memoria es negarle el homenaje franco y cotidiano de la crítica: leámoslo como no leímos a Alfonso Reyes, a José Vasconcelos, a Jorge Cuesta y a José Revueltas... Octavio Paz fue un maestro en esa forma venerable de la admiración que es la oración fúnebre. Vio morir a casi todos los grandes hombres del siglo pasado, admirados o aborrecidos, y a muchos les dedicó epitafios signados por la justicia y la generosidad. La

tarde del 17 de diciembre de 1997 algunos amigos lo vimos, en compañía de Marie-José, su esposa, por última vez. A ratos la terrible enfermedad que lo devastaba parecía esfumarse y reinaba la chispa y el ingenio de las tertulias de antaño, que en mi caso fueron pocas, pues fui el más joven en llegar y en permanecer en Vuelta, su última revista. Se enteró en ese momento de la muerte, acaecida días antes, de su viejo camarada Claude Roy. Octavio se quitó las gafas y no contuvo algunas lágrimas. Fue la única vez que lo vi llorar. Entonces decidió hablar de la muerte. De su muerte... Mañana no creeré que fui contemporáneo de Octavio Paz.

La sabiduría sin promesa confirma el gran talento de Christopher Domínguez para doblegar la reticencia del lector mediante su visión histórica, política y literaria del siglo XX. En este volumen que permite sentir el latido literario, filosófico e histórico del siglo XX, sus grandes guerras, desprecios humanísticos y yerros de las militancias, el crítico es un escrupuloso autor de las vidas imaginarias de católicos y ateos, de los forjadores y detractores del comunismo y su degradación, de los sonámbulos arquitectos de las columnas marxistas derrumbadas sobre clérigos, artistas y militares. El escritor rescata de la bruma a personajes intensos, polémicos y cuestionados como Stalin, Drieu la Rochelle, Artaud... elabora un panorama de piadosos e ilustrados, blasfemos y exiliados, ensalza a escritores necesarios, de honda huella en el pensamiento contemporáneo, para convertir este volumen de ensayos en un retrato del artista adolescente. **U**

Christopher Domínguez Michael, *La sabiduría sin promesa. Vidas y letras del siglo XX*, Editorial Lumen, México, 2009, 584 pp.

En estos ensayos, Domínguez Michael expone su rigor crítico y su ensueño anecdótico; sus semblanzas noveladas.